

***El Capitán
Tormenta***

Emilio Salgari

- ¡Siete!
- ¡Cinco!
- ¡Cuatro!
- ¡He ganado!
- ¡Por treinta mil cimitarras turcas! ¡Que suerte la vuestra, señor Perpignano! En dos noches me habéis ganado ochenta cequíes. ¡Esto no puede seguir! ¡Prefiero una descarga de culebrina, aunque la bala sea disparada por esos perros infieles! ¡Por lo menos, no me martirizarán cuando conquisten Famagusta!
- ¡Si la conquistan, capitán Laczinski!
- ¿Lo ponéis en duda, señor Perpignano?
- De momento, sí. En tanto que estén a nuestro lado los mercenarios no será conquistada. La República sabe elegir a sus soldados.
- Pero no son polacos.
- ¡Capitán, no ofendáis a los soldados dálmatas!
- No pretendo tal cosa. Pero si se encontrasen aquí mis compatriotas...

Murmullos amenazadores, que empezaron a oírse en torno a los dos jugadores, unidos al entrechocar de espadas nerviosamente blandidas, hicieron al capitán Laczinski interrumpir sus palabras.

-¡Oh! -exclamó cambiando el tono de su voz y esbozando una sonrisa-. ¡Ya conocéis, bravos mercenarios, que soy amigo de las bromas! Llevamos ya cuatro meses luchando juntos contra esos perros descreídos, que han jurado agujerearnos el pellejo, y sé lo que valéis. De manera, señor Perpignano, que mientras los turcos nos dejan en paz un rato, continuemos nuestra partida. Aún conservo unos veinte cequíes que están ansiando salirse del bolsillo.

Como para desmentir las palabras del capitán, en aquel instante se oyó el estampido del cañón.

-¡Ah, bandidos! ¡Ni por la noche nos dejan tranquilos! -exclamó el polaco parlanchín-. ¡Bah! ¡Todavía nos darán ocasión de perder o

ganar unos cuantos cequíes! ¿No os parece, señor Perpignano?

- A vuestra disposición estoy, capitán.

- ¡Tiráis vos!

- ¡Nueve! –dijo Perpignano, lanzando los dados encima del taburete que hacía las veces de mesa de juego.

- ¡Tres!

- ¡Once!

- ¡Siete!

- ¡He ganado!

Una exclamación de contrariedad surgió de los labios del poco afortunado capitán, en tanto que en torno a él, brotaban algunas carcajadas, rápidamente reprimidas.

.- ¡Por las barbas de Mahoma! –barbotó el polaco, tirando sobre el taburete un par de cequíes-. ¿Habéis pactado acaso con el demonio, señor Perpignano?

- ¡Dios me guarde! ¡Soy buen cristiano!

- En tal caso alguien debe de haberos enseñado a lanzar los dados. ¡Apostaría mi ca-

beza contra las barbas de un turco a que ese que os ha enseñado es el capitán Tormenta!

-Juego a menudo con tan valiente caballero, pero no me ha dado la menor lección.

-¿Caballero? ¡Bah! -dijo el capitán, con alguna acritud.

-¿No le consideráis así?

- ¡Bah! ¿Quién sabe en realidad de qué persona se trata?

-De todas maneras, es un joven amable y en extremo valeroso.

-¡Un joven!

-¿Qué pretendéis decir con esto, capitán?

-¿Y si no se tratase de un joven?

-Probablemente no tiene todavía veinte años.

-¡No me entendéis! Pero olvidemos al capitán Tormenta y a los turcos, y continuemos el juego. No deseo combatir mañana con la bolsa vacía. ¿De que forma iba a pagar a Caronte el barquero (personaje mitológico) sin tener conmigo un miserable cequí? Bien cono-

céis que para atravesar la Estigia hay que pagar, amigo mío.

-¿Tan cierto estáis de ir al infierno? - preguntó, entre risas, el señor Perpignano.

-¡Pudiera ocurrir! -replicó el capitán, cogiendo casi con cólera el cubilete y moviendo los dados-. ¡Aún quedan dos cequíes!

Esta escena se desarrollaba en una gran tienda de campaña que servía al mismo tiempo de cuartel y de cantina, a juzgar por los numerosos colchones amontonados en un extremo y los barriles acumulados tras un rústico banco, en el que se hallaba sentado el propietario de la tienda, bebiendo a tragos una garrafa llena de vino de Chipre.

Debajo de una lámpara de las denominadas de Marrano, que pendía del machón central de la tienda, se encontraban ambos jugadores, y a su alrededor estaban reunidos una quincena de soldados de los que envió la República de Venecia, reclutados de sus posesiones dálmatas para proteger las colonias de

Levante, amenazadas de continuo por la formidable cimitarra turca.

El capitán Laczinski era un hombre grueso y de elevada estatura, fuerte musculatura, imponentes bigotes y áspero pelo rubio. Su nariz tenía el color característico de la de un bebedor empedernido y sus pequeños ojos se movían sin cesar. Tanto en sus rasgos faciales como en su manera de hablar y sus gestos se adivinaba en el al capitán aventurero y al espadachín o <<matón>> de oficio.

El señor Perpignano era todo lo contrario que su rival. De bastante menos edad que el polaco, que ya contaba seguramente unos cuarenta años, se advertía en el al auténtico tipo de veneciano, alto y delgado, aunque robusto, con el cabello y los ojos negros, y la piel del semblante un poco pálida.

El capitán Laczinski llevaba una pesada coraza de hierro, y de su costado pendía una enorme espada. El señor Perpignano, en cambio, lucía el elegante traje veneciano de la época: casaca suntuosamente recamada,

que le llegaba hasta media pierna, calzón de malla de varios colores y escarpines. Sobre la cabeza llevaba la toca azul ornada con una pluma de faisán.

En vez de un guerrero parecía un paje de Dux de Venecia, pese a su armamento, que consistía en una espada ligera y un puñal.

El juego había vuelto a iniciarse con entusiasmo, por las dos partes y con creciente curiosidad de los soldados, que, como ya indicamos, se hallaban en círculo alrededor del taburete que hacía las veces de mesa, en tanto que a lo lejos rugía de vez en cuando el cañón, haciendo agitarse la llama de la lámpara.

Ninguno, no obstante, parecía inquietarse demasiado por aquellos estampidos; ni siquiera el tabernero, que proseguía trasegando con toda tranquilidad el dulce y exquisito vino de Chipre.

El capitán había perdido ya –no sin grandes maldiciones- otra media docena de cequíes, cuando una de las cortinas de la tienda

se alzó y un nuevo personaje, tapado con un amplio tabardo negro, y cuyo birrete se hallaba adornado por tres plumas azules, penetró en la tienda, exclamando con acento ligeramente irónico y sin embargo, lo bastante enérgico para ser obedecido:

-¡Magnífico! ¡Aquí se está jugando en tanto que los turcos pretenden demoler el fuerte de San Marcos y lo minan sin descanso! ¡Que mis hombres tomen las armas y me acompañen! ¡Allí se encuentra el peligro!

Mientras los soldados empuñaban sus alabardas, mazas de hierro y espadas de doble filo, que dejaron juntas en un rincón de la tienda, el polaco, que se encontraba de un endiablado humor por la huida ininterrumpida de sus cequies, había alzado la cabeza, contemplando con hostilidad al recién llegado.

-¡Hola! ¡El capitán Tormenta! -exclamó en tono de burla-. ¡Ya podías defender solo el fuerte sin venir a terminar con nuestra partida! Famagusta no se entregará esta noche.

El joven era arrogante, acaso atractivo en exceso para ser un guerrero; no demasiado alto, pero esbelto, de rasgos correctos, con negros ojos que semejaban carbunclos, boca de mujer adornada con hermosos dientes, cutis algo atesado, que indicaba su origen meridional, y pelo largo y castaño.

Parecía antes bien una encantadora muchacha que un capitán de fortuna.

Sus ropas eran elegantes y cuidadas, aunque los continuos ataques de los turcos no le debían de dar demasiado tiempo para ocuparse de su tocado.

Llevaba una armadura totalmente de acero, con un pequeño escudo en mitad del peto, en el que se veían grabadas tres estrellas bajo una corona ducal; calzaba espuelas doradas y del cinto le pendía una espada cincelada, con empuñadura de plata, semejante a la empleada por los franceses de aquellos tiempos.

-¿Qué pretendéis decir con tales palabras, capitán Laczinski? -inquirió con voz bien tim-

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

